

CIUDADES ANDALUZAS EN LA NOVELÍSTICA DE BAROJA

Por CARLOS A. LONGHURST

A juzgar por la geografía de sus novelas, Pío Baroja fue el más internacional de los novelistas españoles de su época, con escenarios en más de media docena de países europeos, en otros lugares más lejanos, y por supuesto en diversas regiones de España. Ya José Alberich, barojista pionero, estudió de forma esclarecedora el interés de Baroja en el mundo inglés en su temprano libro *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, libro que sirvió de estímulo a importantes aportaciones posteriores sobre el tema. Por supuesto, el principal interés geográfico-cultural de Baroja fue su propio país vasco o vasco-navarro, como queda patente en novelas como *La casa de Aizgorri*, *El mayorazgo de Labraz*, *Zalacain el aventurero*, *Las figuras de cera*, *Las mascaradas sangrientas*, *El cura de Monleón* o *La familia de Errotacho*. Pero aparte de Madrid, que lógicamente ocupa un lugar importante, aunque no tanto como en Galdós, la zona peninsular que más protagonismo tiene en las novelas de Baroja es, curiosamente, Andalucía. Sevilla, Córdoba, Cádiz, Málaga y varios pueblos andaluces más, con nombre y sin nombre, aparecen en muchas novelas barojianas, al menos en diez de ellas que están ubicadas total o parcialmente en tierras andaluzas.

La ciudad andaluza con mayor representación es Sevilla, pues aparece en cinco novelas, Cádiz en tres, y Córdoba en dos.

Esta última tiene la distinción de ser el escenario de una novela entera, *La feria de los discretos*, la octava de Baroja. Más que una descripción lo que hallamos es una evocación de la ciudad en las postrimerías del siglo XIX, pero basada en una visita a Córdoba que hizo Baroja con Darío Regoyos en 1904. Lo primero que hace el novelista es aprovechar la vuelta del joven Quintín a su ciudad natal tras años de internado en Inglaterra para hacerle deambular por la ciudad de callejas sinuosas que se abren en plazoletas a cada dos pasos, de pequeñas casas blancas con persianas verdes, de grandes caserones señoriales con sus zaguanes, cancelas, labrados de hierro y jardineras colgadas del techo, y sobre todo con sus patios colmados de flores y naranjos y el surtidor de agua cristalina en medio. Ahí están las comadres que intercambian chismes a la puerta de la calle, jóvenes criadas que friegan la entrada de las casas con aljofifas mientras cantan canciones flamencas, costureras que hacen sus labores al lado de la ventana y de vez en cuando recorren los visillos para ver quién pasa, y, ya más curiosamente, los talleres de carpintería que fabrican ataúdes y guitarras a la vez por compensar la tristeza con la alegría. Hay un palacete de un marqués que desempeña cierta importancia en la novela y que Baroja sitúa al este del centro de la ciudad, cerca del Campo de la Madre de Dios próximo al río, pero que puede estar basado en algún edificio conocido más céntrico, quizá el Palacio de Villalones, a juzgar por la descripción del exterior. El palacete está en plena decadencia por la penuria en que ha caído la familia, pero aún conserva vestigios de esplendor y grandeza, el patio con su fuente central de seis chorros, su maravilloso jardín enmurallado con su estanque al fondo decorado con jarrones de piedra, su monumental escalera de mármol blanco y negro, la artesanía labrada de los techos, los retratos de la nobleza en las paredes, los sillones de cuero con respaldos labrados, los tapices antiguos con figuras de relieve, las alfombras enormes y suntuosas, pero ya todo medio roído y carcomido, deslustrado por la ruina de la familia y la falta de restauración. Baroja vuelve a la descripción del palacio una y otra vez, como si el local fuese tan importante como la trama y sus peripecias, lo cual no es raro en la novela barojiana, a medio camino entre el libro de aventuras y el libro de viajes. Visitamos la cuadra con su gran coche ricamente adornado y tirado por

ocho caballos de los cuales no queda ya ninguno, la bodega con sus grandes tinajas medio enterradas en el suelo, el huerto con su cenador, su pedestal y otra fuente adosada al muro en forma de cabeza de medusa con su hilillo de agua, la torrecilla de la azotea desde la cual se divisa el Guadalquivir, la ciudad con su perfil de torres y campanarios, las sementeras del entorno, los olivares en las faldas de los montes, y a lo lejos Sierra Morena negra contra el brillante azul del cielo.

También hay algo de la historia urbanística de Córdoba, de la muralla que dividía la ciudad alta o Almedina de la ciudad baja, la Ajerquía, y que sube desde la Cruz del Rastro junto al río hasta la Puerta del Rincón; de la Plaza de la Corredera que había sido en otros tiempos el centro social, comercial y cultural de Córdoba, donde se habían celebrado autos de fe, fiestas de toros y cañas, y ejecuciones públicas. La búsqueda de un cofrecillo que Quintín quiere recuperar le brinda al novelista la oportunidad de describir el bullicio del mercado de la Plaza de la Corredera, con los puestos fijos del edificio central de abastos (derribado en los años cincuenta del siglo XX) y los movibles alrededor de él, con su diversa mercancía amontonada en tenderetes o en el suelo, así como los comercios ubicados bajo los soportales alrededor de la plaza, tiendas, bares, posadas, talabarterías, alpargaterías, triperías. Y en cada columna, rincón o metro cuadrado de acera, el baratero o buhonero con su mercancía o cachivaches; el tejedor de caña construyendo cestas; el librero amontonando libros cochambrosos; el alfarero rodeado de tinajas y botijos; la vendedora de yesqueros para los fumadores y su vecino que exhibe las petacas en su mesa de caballete; el afilador con su rueda; el bonetero con sus gorras; el cuchillero con sus navajas; el vendedor de tortugas que las arrastra por el suelo con una cuerda; los vendedores de Lucena con sus lámparas de aceite; el herborista con sus plantas medicinales; el churrero, el barquillero, el altramucero, y una vieja esperpéntica que fríe rodajas de merluza. Todo ello acompañado de una algarabía de pregones, de gritos, de cantos, de risas, de la estridente flauta del afilador y de los retumbantes martillazos del sartenero. Este mercado de la Plaza de la Corredera debió de impresionar mucho a Baroja, porque repite la escena veintisiete años después en su novela *Los visionarios*, con la misma animación,

pintorescos vendedores y tenderos, cordeleros y talabarteros, a lo que añade la chocante (para él) mezcla de tú y usted en el habla local.

Como contraste hay también descripciones de una ciudad cerrada contra el sol, aletargada, silenciosa, desierta. Solo se oye el chorrear de las fuentes o alguna campanada. A la puesta del sol la ciudad se transforma: las mujeres salen a las tiendas, las familias ricas se lucen en sus coches, las chicas se pasean con sus madres seguidas, a unos metros de prudente distancia, de sus pretendientes, y la vida nocturna de Córdoba se derrama por plazas y calles iluminadas por las llamitas de las farolas. El cuadro cordobés se completa con una descripción de la antigua romería de la Candelaria, tradición popular que se perdió en Córdoba tras la Guerra Civil. Era una romería del pueblo que se formaba casi espontáneamente tras los actos religiosos matutinos del día de la Virgen de la Candelaria, y que se dirigía desde la Torre de la Malmuerta hasta el arroyo de los Pedroches, aglutinándose la gente en caravana, muchos a pie, otros en burro, otros a caballo y algunos en coche, con algunas muchachas intrépidas montadas a la grupa en el caballo del novio. La romería era amenizada por ventas ambulantes y ventorrillos del camino, y la gente acampaba bajo olivares para comer, beber, cantar y bailar, y se hacían columpios con cuerdas para los pequeños. En la versión barojiana la romería tiene lugar una soleada tarde de febrero y se distingue por los vistosos trajes de los romeros, las mujeres con mantón de manila y flor en el pelo, los hombres luciendo cintas y alamares, con sombrero ecijano y borlones en la silla y jarnés de sus caballos, todo ello amenizado por los mañosos guitarristas cordobeses, parejas de bailaoras, repicar de castañuelas y gritos animosos de los jaleadores. Otros detalles del cuadro revelan una sorprendente fidelidad a lo que nos cuenta la historia.

La ciudad de Cádiz, a mediados del siglo XIX, está vista a través del marino mercante vasco Santiago Andía, que en sus memorias nos cuenta su estancia en San Fernando para estudiar en la Escuela Náutica fundada en época de Carlos III. Lo primero que visita es la imponente casa del principal socio de la sociedad naviera para la que trabaja, casa enorme, opulenta, ostentosa, nada típica de la apretada urbe gaditana pero sí una muestra de

las viviendas de la nobleza de los siglos XVII y XVIII. Desde la azotea de la casa se ve la bahía llena de fragatas, bergantines y goletas, más allá Rota, el Puerto de Santa María, Puerto Real, y, en la lejanía, la sierra de Grazalema. Lo que esta descripción nos da a entender es la importancia que, aun después de la pérdida del imperio colonial, tenía para Cádiz el comercio marítimo con Cuba, Filipinas, y otras naciones como Inglaterra. De la ciudad en sí se dice poco: se mencionan algunas de las calles y plazas más concurridas, como la calle Ancha, la calle de San Francisco, la calle Columela, la Plaza de Mina y la del Ayuntamiento (o de San Juan de Dios) con su torre y reloj. Los domingos, el joven Shanti, vestido de marinero, va a pasear con sus amistades a la Alameda de Apodaca en la parte norte de la ciudad y que da a la bahía. Baroja parece dar a entender que lo mejor de Cádiz es su bahía, pues vuelve al panorama que se extiende ante la ciudad con el mar descansando al sol, los pueblos relucientes de blancura en la lejanía, y la sierra azul de Jerez y Grazalema de fondo. Pero luego Shanti se pregunta: “Y todo esto, ¿para qué? ¿Para vivir como un miserable conejo y recitar unos cuantos chistes estúpidos?” (Libro 1º, cap. 4). Sin duda para Shanti Andalucía hubiese sido un paraíso si estuviese poblada por vascos. Y lo que peor le sienta de los andaluces es el aristocratismo de los mercaderes que han hecho dinero y se codean con la nobleza como si siempre hubiesen sido parte de ella. Verdad es que a muchos comerciantes enriquecidos se le ofrecieron títulos, pero esto no fue privativo de los andaluces. No obstante esta crítica de los gaditanos, Cádiz y su entorno entusiasman a Shanti. Cuando vuelve tras dos años y medio de navegar se queda poco menos que extasiado: “Entramos en la bahía de Cádiz una mañana de invierno, con un sol espléndido. Sentí una gran alegría;[...]. Tenía ganas de pisar tierra española, de pasear por aquellas murallas con sus garitas, sus baluartes y sus cañones, de ver el hermoso golfo de Cádiz” (Libro 2º, cap. 6). Describe la catedral con sus dos torres y su cúpula, las torrecillas de las azoteas que se alzan como minaretes, y la Maestranza, que en realidad era un cuartel de artillería construido sobre el baluarte de la Candelaria junto a lo que es hoy la Alameda del Marqués de Comillas, al noroeste de la ciudad. Baroja lo llama la Maestranza porque efectivamente hubo una época en que sirvió

de maestranza o talleres del cuerpo de ingenieros. Y de su estancia en Cádiz mientras espera zarpar de nuevo, ya de capitán de navío, añade Shanti: “Me empezaba a encontrar bien allí; llevaba una vida ligera y alegre. Paseaba mucho, me encantaba el pueblo, sus plazas alegres, sus calles rectas; contemplaba las casas blancas de miradores enormes, las iglesias también blancas, y recorría la muralla al ponerse el sol” (Libro 2º, cap 6). Evidentemente Shanti se ha aclimatado al choteo gaditano.

La ciudad andaluza que mayor presencia tiene en la novelística barojiana es desde luego Sevilla, que aparece en al menos cinco novelas. Pero hay que esperar hasta la decimoctava para la primera aparición de la capital andaluza. Si la ciudad de Cádiz la vemos a través de un marino vasco, la de Sevilla la vemos por primera vez a través de una rusa, pero una rusa neurasténica y de actitud estetizante, la Sacha Savarof de *El mundo es así*, que acompaña a su segundo esposo, pintor y mujeriego, a la capital andaluza. La tercera parte de la novela, que adopta la forma del diario íntimo de la rusa, casi toda tiene lugar en Sevilla y Puerto de Santa María. Llega a Sevilla en invierno y naturalmente repara en los naranjos cargados de fruta. Tras cenar en el hotel a una hora que hoy resultaría intempestiva por lo prematura, sale a pasear por el centro de la ciudad y hace un recorrido por lugares y edificios emblemáticos—calle de Las Sierpes, Plaza del Ayuntamiento, Plaza del Triunfo, la Catedral, la Giralda, el Alcázar, el Patio de la Montería—pero lo que más le choca es la cantidad de hombres que lucen coletas, que ella interpreta como señal de que son toreros. También le sorprende el bullicio de las calles y las tiendas aún abiertas cuando son cerca de las diez de la noche, y sobre todo el número de hombres que supera con mucho al número de mujeres. No llega a decir que las damas sevillanas estarán en sus casas preparándole la cena al marido callejero, pero esto es lo que se desprende de las palabras de esta rusa intelectual y feminista.

La vida andaluza le parece agitada y superficial: corretear las calles, ir de un sitio para otro, hacer visitas, en resumen una vida que para ella es solo exterior, poco hogareña, sobre todo porque el hombre vive su vida fuera de casa. Las mujeres viven pensando en las fiestas, que es cuando se les permite más libertad

y mayor participación en la vida social. El machismo español lo compara con la situación en otros países: “en otras partes se vive también muy en casa, con la diferencia de que el hombre no es el dueño absoluto, porque comparte la dirección de todo con la mujer” (3ª parte, cap. 7). Piensa que la falta de preparación y de curiosidad intelectual de la mujer andaluza le hacen concentrar toda su atención en pescar un marido, preferiblemente adinerado, y no sale de ahí. De soltera es seductiva, pero una vez conseguido su objetivo se vuelve pasiva e indiferente. Los hombres pierden toda consideración por ellas y se dedican a correr tras otras chicas. Es difícil saber hasta qué punto estas ideas tan escépticas de los matrimonios andaluces reflejan las del mismo Baroja o las utiliza este para indicar los prejuicios de la rusa provocados por un matrimonio disfuncional. En todo caso no se pueden achacar estas opiniones exclusivamente a Sacha Savarof, pues el primo de su marido, José Ignacio Arcelu, que es de Puerto de Santa María, expresa ideas parecidas. El hombre andaluz tienen que ser partidario de los toros y del vino; y si no, se le considera un bicho raro y antisocial. La mujer andaluza carece de personalidad porque se ha creado para el hogar y no tiene miras fuera de ese reducido círculo; se contenta con mandar en casa, y los hombres generalmente se avienen a ello porque les conviene. El resultado es una vida chabacana, pedestre, populachera y sin verdadero fondo: “El Mediodía espiritual es eso, una cosa hueca, gesticulante, exaltada por fuera y fría por dentro, algo como el palacio de San Telmo” (3ª parte, cap. 16). El que habla es un coquintero (o portuense), pero uno tiene la sospecha de que detrás se oculta un donostiarra para quien el susodicho palacio (que en aquella época era seminario del arzobispado de Sevilla) es todo fachada.

No falta del diario de la rusa el “tablao” de flamenco en el café de Novedades donde hay más extranjeros que sevillanos. Antes de ofrecernos una descripción, Baroja se siente obligado a hacerle decir a la rusa que “el espectáculo está fuera de las costumbres actuales de la ciudad, pero se conserva como una cosa de carácter” (3ª parte, cap. 8), o sea que es puro anzuelo para turistas. Los epítetos de la rusa para caracterizar el baile son predecibles: canallesco, desvergonzado, cínico, grosero. La reacción no es solo rusa; tiene bastante de barojiana. La vida que el marido de Sacha

le propone, vivir en la calle, ir de fiesta en fiesta y de teatro en teatro, no le seduce, sobre todo por la pequeña Olga, fruto de su primer matrimonio, a quien tiene que dejar con su niñera para poder salir de juerga con su marido. Después de comer, se supone que mientras su marido echa la siesta, Sacha se va a pasear por Las Delicias, que es para ella un hermoso paseo bordeado de grandes palmeras y naranjos, pero que le da una sensación de tristeza. “Llegamos a las Delicias y nos sentamos en la Plaza del Triunfo”, escribe en su diario, en lo que parece ser un pequeño despiste geográfico por parte de Baroja, ya que el Paseo de las Delicias no desemboca en la Plaza del Triunfo. Delante de la Casa de la Lonja (o sea el Archivo de Indias) Sacha y su hija se divierten viendo trabajar a los cordoneros con sus carretes de colores. En cambio por Nochebuena y Navidad no hay mención alguna de belenes o comparsas. Algo parecido ocurre con la pintura. Discuten si es mejor Sorolla o Zuloaga, pero de Gonzalo Bilbao no hay conciencia alguna.

Baroja retorna a Sevilla cinco años después con *La ruta del aventurero*, que forma parte del ciclo de Aviraneta. Curiosamente vuelve a utilizar a un visitante extranjero, el vagabundo inglés Juan Hipólito Thompson, que cruza media Francia y toda España hasta llegar a Tarifa y embarcarse para Missolonghi con la intención de unirse a la expedición del Lord Byron. Estamos, pues, en el año 1823 y la restauración absolutista de Fernando VII tras el trienio constitucional. Este intrépido inglés, al contrario que la introvertida rusa, es un viva-la-virgen que se dispone a pasarlo bien en Sevilla, y lo primero que hace al llegar es apuntarse en una academia de baile porque “a pesar de las trifulcas políticas la vida allí era alegre. Se bailaba en todas partes”, escribe en su relato “El viaje sin objeto” (3ª parte, cap. 4). En Sevilla presencia la entrada de los franceses y los vítores a favor del rey de los trianeros y gitanos. Thompson se escabulle río abajo pero es detenido por la policía en Bonanza, y aunque nunca llegamos a saber por qué se supone que por sospecha de liberal, ya que había declarado su intención de dirigirse a Cádiz, entonces sitiada por los realistas. En Sanlúcar lo encarcelan y solo sus rápidas reacciones y bravura le salvan de ser cosido a navajazos por unos rufianes encarcelados con él, lo cual tanto impresiona al alcaide que se lleva el preso a su

casa. Su prisión consiste en escoltar a la señora del alcaide y pasear alegremente por Sanlúcar. Su única concesión, dice, fue tragarse su protestantismo: “fue necesario oír misa, tomar agua bendita y hasta darse golpes de pecho como un verdadero papista” (3ª parte, cap. 6). Al regresar a Sevilla como preso político presencia la acogida que les brinda el pueblo a los presos liberales, con abucheo, mueras, berzas y tomates. Los liberales, muchos de ellos de reputadas familias sevillanas, están al principio reclusos en un antiguo convento de jesuitas que había pasado a ser cuartel de artillería. Sin duda Baroja se refiere, aunque sin mencionarlo, al colegio, luego cuartel, de San Hermenegildo, hoy inexistente, que había pertenecido a la Compañía de Jesús hasta que le fue embargado en el siglo XVIII. Mientras que las nuevas autoridades políticas deciden qué hacer con ellos, los presos disfrutan de un régimen laxo que les permite pasear por el claustro del antiguo convento, recibir a sus familias hasta el toque de queda a las once, formar tertulia y poner mesas de juego. No obstante esta aparente lenidad, el tratamiento de los presos resulta arbitrario, ya que los que pertenecen a familias influyentes son puestos en libertad o se fugan con el visto bueno de la policía, mientras que otros que o carecen de influencia o tienen enemigos personales entre los realistas son fusilados. Sobre qué hacer con Thompson las autoridades no se ponen de acuerdo. Tras la visita de un cura, cuya invitación de abandonar su condición de hereje y convertirse a la verdadera religión Thompson declina con dignidad, el inglés se da cuenta de su precaria situación y se fuga de la torre del cuartel donde está detenido bajo vigilancia armada, fuga que coincide con la llegada de Fernando VII a la ciudad entre el entusiasmo de la clrigalla y del populacho, y “los vivos al rey absoluto y mueras a la Constitución, a los herejes y a los negros” (4ª parte, cap. 6). A los pocos días de su fuga, con la ayuda de una familia sevillana, consigue llegar a Algeciras, donde es testigo de un espectáculo lamentable. Un hombre ya mayor, que había sido constitucional, al pasar por la Plaza Alta, se escapa de la cuerda de presos donde le llevan camino del penal de Ceuta. La turba de realistas que observa el desfile de presos políticos se abalanza sobre el viejo hasta dejarlo muerto a palos. Con los absolutistas y carlistas Baroja casi siempre fue duro, no dejando pasar oportunidad de ilustrar su fanatismo y crueldad.

La Semana Santa sevillana hace su aparición en *El nocturno del hermano Beltrán*, la curiosa historia de un pirata que se volvió fraile, organista y compositor, y que sedujo a Sevilla con su destreza musical. Pasemos por alto la descripción de la procesión de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder que hay en esta obra y que más parece caricatura que otra cosa y detengámonos en *Los visionarios*, cuya acción acontece en el año en que se inaugura la Segunda República tras la abdicación de Alfonso XIII. Esta vez los visitantes son un matrimonio vasco-francés con buen conocimiento del idioma español y un vasco-español que los acompaña como especie de guía. Se hospedan en un hotel de la Plaza de San Fernando que por aquellos días cambiaba de nombre a Plaza de la República, pero que desde siempre se ha conocido como Plaza Nueva a pesar de sus muchos cambios de nombre. Desde allí se dedican los tres turistas a explorar la ciudad, a visitar los monumentos de siempre, y a comentar los gustos y las actitudes de los sevillanos. Notan algunos pequeños destrozos llevados a cabo por los anti-monárquicos más furibundos y el afán por borrar todo vestigio de la monarquía en los nombres de calles, monumentos y lugares. Es una Sevilla que ha evolucionado notablemente desde que la visitó el inglés Thompson un siglo antes, más proletarizada y menos transitada por gente entonada y de porte aristocrático. Delante del Ayuntamiento les choca a los visitantes ver un gran grupo de obreros ociosos, y al preguntarles descubren que están esperando a que el municipio les dé trabajo para ganarse el jornal del día, algo desconocido en el norte del país. A Fermín, el vasco, se le ocurre salir a la calle con la gorra de orejeras que utiliza para conducir y se resiente de que los sevillanos se rían de su indumentaria: “Esta Sevilla es un pueblo que tiene un espíritu provinciano incomprensible”, dice mosqueado (Libro 2º, cap. 2). Para el vasco los andaluces son hiperbólicos, tragones, y de vida callejera y superficial. Verdad es que los turistas ingleses que ve en Sevilla le parecen momias por su rigidez e inexpresividad. Evidentemente este vasco que Baroja utiliza como punto de mira es un observador de criterio exigente. En el Museo de Arte, Zurbarán le parece muy superior, ¡cómo no!, a Murillo. No obstante estas críticas, la ciudad se salva por su atractivo entorno florido y su arquitectura. Pero en realidad lo que le interesa a Baroja en esta novela, publi-

cada en 1932, es indagar los acontecimientos que acompañaron la llegada de la República, acontecimientos que, según la novela, fueron bastante movidos en la capital andaluza, con asalto al Gobierno Civil y a la cárcel, con liberación de presos, mientras las familias pudientes se veían obligadas a atrincherarse en sus casas. Hubo tiroteos en las calles y enfrentamientos entre el ejército y pelotones de obreros armados. La conclusión de Baroja (recorremos que escribe su novela en la primera mitad de 1932) es que en Andalucía hay mucho comunista y anarquista oculto, dictamen que andaba muy cerca de la verdad como se vería posteriormente. Durante su estancia en Sevilla Fermín y sus acompañantes franceses se dedican a hablar con todo tipo de gente, ricos y humildes, y descubren el odio existente entre propietarios y sirvientes, entre latifundistas y braceros. Pero sobre todo descubren la indiferencia de los terratenientes ausentes que prefieren vivir en la ciudad, y la seguridad que tienen en que la clase obrera y labriega andaluza es tan holgazana que no harán revolución. El escepticismo de Fermín que oye estos comentarios despreciativos y vanidosos es sin duda el escepticismo de un Baroja que no se hace ilusiones sobre la situación social de Andalucía. El dictamen de Fermín tras pasar una temporada en Sevilla y visitar su entorno agrícola es que la riqueza que genera el campo emigra a la ciudad y los aldeanos viven en una pobreza abyecta. El conflicto estaba servido.

En comparación con Sevilla y Cádiz Baroja dice poco de Málaga. La ciudad figura en el relato “Sueño de una noche de julio” incluido en el volumen *Las furias* de la serie histórica *Memorias de un hombre de acción*. Volvemos al año 1836 y a la serie de disturbios revolucionarios que ocurrieron en diversas provincias para derrocar el gobierno moderado de Istúriz. Está claro que lo que le interesa a Baroja no es la ciudad de Málaga en sí sino la irracional y brutal conducta de los malagueños que se apiñaron en la turba asesina que acabó con la vida del gobernador militar Juan San Just y del gobernador civil Conde de Donadío. A Baroja le fascinó la psicopatología y la psicología de masas, y sus novelas están llenas de conducta criminal y disturbios populares. Los libros de historia nos hablan de los acontecimientos de 1836 como enfrentamientos entre los liberales exaltados y los moderados y entre distintas personalidades políticas y militares. Baroja, aunque

saca su información del conocido libro de Antonio Pirala *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (Vol. 3, Libro 8, caps. 14 y 15), subraya los motivos e intereses locales. En Málaga había gran exaltación política en un periodo de guerra civil en el norte y el este de España, y se llegó a formar una Junta de Gobierno popular apoyada por la Guardia Nacional. Pero dentro de estos movimientos revolucionarios y aparentemente políticos hubo otros motivos puramente malagueños, por una parte, los intereses de los comerciantes influyentes que lograron mantener a raya a los que querían imponerles fuertes exacciones tributarias y, por otra, los del importante gremio malagueño de contrabandistas que veían en la actuación revolucionaria contra las autoridades una magnífica oportunidad para burlar la vigilancia del puerto y poder pasar sus alijos con impunidad. La acción de unos y de otros, de sujetar la tapadera y de hacerla saltar, unida a la corrupción del jefe de carabineros sobornado por el contingente contrabandista, instigaron el motín popular que estalló el 25 de julio, tumulto de estraperlistas, traficantes, matones, chulos, gitanos, taberneros, milicianos nacionales, algunos políticos exaltados, y enemigos personales de San Just, una turba enloquecida que azuzada por los agentes contrabandistas se lanzó sobre el indefenso general herido por un disparo y acabó con él a cuchilladas. Con el Conde de Donadío, abandonado a su sino por las tropas de guarnición, los amotinados hicieron lo propio, disparándole primero, rematándolo a bayonetazos y arrastrando el cadáver en desfile triunfal por las calles de Málaga. Al día siguiente, el 26 de julio, se proclamaba públicamente la Constitución del 12 en la Alameda. El papel que desempeñó Málaga en los movimientos revolucionarios de 1836 no es, en la versión barojiana, nada halagüeño. Los malagueños se habían creído líderes de la revolución y pensaban proclamar la República y dar ejemplo al resto de Andalucía, exportando así el movimiento de liberación a las demás ciudades andaluzas. Según Baroja no fue esto lo que ocurrió: la exaltación malagueña fue una mezcla de desafío pueblerino, valiente pero brutal, e intereses avariciosos y corruptos exentos de todo idealismo político. El alzamiento de Málaga se repitió en otras ciudades andaluzas, sobre todo en Cádiz, pero sin el instinto sanguinario que dominó el movimiento malagueño. El pueblo gaditano proclamó la

Constitución, que consideraba suya, cuatro días después sin derramamiento de sangre. Es verdad que en sus novelas Baroja no se refiere a la Málaga contemporánea sino a la de setenta u ochenta años antes. Pero de todas formas el contraste implícito entre las cuatro capitales andaluzas de que nos habla no deja de ser interesante. De Sevilla destaca su curiosa mezcla de aristocratismo y gitanería. De Córdoba su ambiente pueblerino y bullanguero. De Cádiz su actitud alegre y despreocupada. Y de Málaga su arrojo plebeyo, desafiante y combativo.